

CONCIERTO PARA LIBERTINOS

MAURICIO WIESENTHAL

CONCIERTO PARA LIBERTINOS

(Andante y fuga para Giacomo Casanova,
Adagio para honoré de Balzac,
Allegro en Capri y Taormina)



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

copyright de la imagen: @ Dmitry-Fischer / Dreamstime.com

Primera edición: marzo de 2021

© Mauricio Wiesenthal, 2021
Autor representado por Silvia Bastos S. L. Agencia Literaria
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2º, 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1149-5

Impreso en Romanyà Valls

Depósito legal: B 1842-2021

Impreso en España

En una diatriba moral interesante y polémica podría decirse que el pensamiento «libertino» (no limitemos la palabra al «libertinaje») fue, desde tiempos antiguos, una propuesta rebelde de los espíritus más finos y cultivados frente al dogmatismo puritano —y a menudo también farisaico— que distingue siempre a los bárbaros y a los inquisidores. Los antiguos «libertinos» no sólo defendieron una apertura de las costumbres en el ámbito sexual, adelantándose en siglos al pensamiento moderno, sino que abogaron también en favor de un espíritu crítico fundamentado en el derecho a la libre conciencia. Me parece oportuno recordar que, en el latín más clásico de Cicerón, Horacio, Plinio o Marcial, la palabra *libertinus* no significaba «disoluto» ni «libertario» ni «depravado» ni cualquiera otra de las acepciones infamantes que hoy se le atribuyen, ya que se llamaba así al «liberto»: esclavo liberado o hijo de un esclavo al que se había concedido la libertad, como todavía lo define Alonso de Covarrubias en 1611. ¿Puede haber derecho más inalienable para un ser humano ni licencia más noble que la libertad? Esa condición de «emancipadores» fue la única que pretendieron atribuirse los primeros pensadores «libertinos», si bien el término perdió pronto su amplio horizonte eidético y

fue adquiriendo connotaciones exclusivamente lúbricas y obscenas, a medida que se recataba y embarraba con la mala conciencia de los puritanos.

Los primeros autores de pensamiento rebelde —ellos y ellas— no eran unos frívolos conquistadores ni unas *salonnières* seductoras (aunque la palabra «seducir» sea sagrada en el arte y en el pensamiento). Antes bien, al superar prejuicios y condicionantes que ponían trabas injustificables a la libertad de pensamiento, abrieron también el camino del conocimiento y del progreso social. Se enfrentaron al dogmatismo, defendiendo la reconciliación humanista de la idea y de la materia, pues el amor —no sólo el entusiasmo erótico, sino también la caridad—, la mística y el *pathos* artístico son delirios sublimes del cuerpo (y pronuncio con total responsabilidad esta sentencia). Por eso Nietzsche resolvió que la filosofía es un «entusiasmo de la carne», y así pudo esbozar el texto de su primer *Zaratus-tra* en un mes y medio; aunque, para ser justos y cautelosos, es oportuno advertir que esa revelación tan tentadora puede ser también el principio de la locura.

Autores modernos como René Pintard o Pedro Lomba Falcón han dedicado nobles y valiosos trabajos a la valoración del pensamiento libertino y a su trascendencia en la historia de las ideas.

La escuela de los libertinos dio grandes talentos, desde Epicuro, Montaigne y Charron hasta Voltaire; desde el gran Pierre Bayle —quien, mucho antes de Rilke, abogó por «el pensamiento del corazón» frente al dogmatismo racionalista y reaccionario—, sin olvidar al príncipe de Ligne —fue él quien dijo «el placer conquista la paz»— y a tantos otros espíritus ilustrados, como Gassendi u Honoré de Balzac.

Y es hora de señalar que más originalidad y mérito alcanzaron algunas mujeres independientes que defendieron audazmente el derecho a su libertad en tiempos muy injustos y miserables con la condición femenina. Entre ellas, podríamos citar a la griega Aspasia, a Margarita de Navarra, a Ninon de Lenclos y a escritoras, actrices y artistas más modernas como George Sand, Rachel, Dolly Wilde, Renée Vivien, Marie Laurencin, Colette, Coco Chanel o Marguerite Yourcenar.

El pensamiento de los libertinos tuvo enconados y brillantes adversarios en el campo del moralismo, como fue el caso del reformador Calvino, que escribió incluso un opúsculo «contra los libertinos», reducidos en su caso a la caricatura de una secta «fantástica y furiosa» —pues así la llama el ilustre teólogo ginebrino— sin gran alcance intelectual. Pero no es necesario decir que las mujeres soportaron lo peor de la crítica infamante, ya que, mientras que los hombres podían sonreír sin vergüenza y hasta con cierto grado de orgullo ante el calificativo de «libertinos», ellas soportaron desde antiguo el matiz dudoso y despectivo que tiene el nombre de «hetaira».

La condición de libertina o de libertino está entendida en este libro con amplitud de pensamiento, sin condicionamientos de sexo ni prejuicios de ningún tipo, puesto que una elección meditada, responsable y libre no requiere otra explicación ni justificación,

Es curioso que algunos de los pensadores que fueron llamados libertinos y repudiados en un tiempo pasado, recibieron más tarde al apelativo de moralistas, porque sus ideas se consideraban éticas y honradas.

La defensa de la «libertad del cuerpo para conciliarse con su alma» (fundamento de toda moral que proclame el entusiasmo de vivir) puede resultar más provocadora si se considera, sin prejuicios, que la «salvación de la materia» es la primera tarea humanista del pensamiento cristiano, así como la gracia consoladora y caudalosa del sacramento del bautismo.

En *Concierto para libertinos* hemos reunido a Casanova y Balzac, junto a los aventureros, excéntricos y artistas que vivieron en Capri y en Taormina.

Entre todas estas figuras destaca Giacomo Casanova, un genio privilegiado del «arte de vivir» y uno de los mejores memorialistas que en el mundo han sido, ya que buena parte de sus aventuras son pura ficción literaria. Su autobiografía es un obra de arte, urdida, tramada y escenificada como una apasionante novela de aventuras. Sin olvidar que su talento le permitió ejercer de ministro, de matemático, de espía, de médico, de jugador tramposo, de griego de todos los gariotos y ratón de todos los burdeles, además de colonizador de Sierra Morena. Y esta tragicomedia vital puede resultarnos hoy más interesante aún si consideramos que, en la literatura moderna —flagelada por amargos y aburridos «intelectuales»—, no abundan magistrales narradores que vivan para contar su propia aventura. Escribir bien puede ser labor académica de educadores, filólogos y profesores, pero hacer Literatura —no se olvide que es una de las «bellas artes»— es cosa de artistas.

Tampoco podía faltar Honoré de Balzac en este libro dedicado a la «comedia humana», maestro de la novela que brilla entre los mejores artistas de todos los tiempos. Antes de fantasear y escribir sus libros, los «experimentaba», por-

que también él pertenecía a la estirpe de los que no son capaces de hacer literatura sin vivirla primero. Así, su propia vida fue la aventura más genial de *La comedia humana*, y su biografía es el testimonio más emocionante y más humano de las «ilusiones perdidas». Perdía en negocios ruinosos cuanto ganaba con su penoso y sufrido trabajo de literato; gastaba fortunas en casas que nunca acaba de amueblar; coleccionaba antigüedades que tenía que revender de mala manera cuando estaba en la ruina; construía delirios sin pararse nunca a distinguir si los materiales de la obra eran perdurables o efímeros, igual que compraba joyas, enamorándose lo mismo de las auténticas que de las falsas. Pasaba hambre para comprarse un bastón elegante, y tenía luego que soportar el frío hasta que alguien le pagaba una comida en el mejor restaurante de París a cambio de su abrigo ruso. Vivía la trama de sus novelas, pagándose la *mise en scène* y los decorados de su comedia siempre a cargo de su bolsillo, a costa de su salud y a riesgo de su propia vida. Por eso pudo escribir como nadie la historia de su tiempo, convirtiendo en obra de arte las vidas de sus personajes: aristócratas de más o menos pelo; humildes trabajadores, expuestos sin piedad al vendaval de los cambios políticos y de las especulaciones del mundo financiero; burgueses arribistas y aventureros que salían de sus pueblos a la conquista de París en los años locos que siguieron a la Revolución francesa y que acompañaron la gloria y el fracaso de Napoleón Bonaparte. Y, no contento con toda esta obra literaria en el género novelesco, se hizo también famoso como personaje excéntrico y libertino, escribiendo, en tono burlesco y rabelésiano, sus *Cent contes drolatiques* —«con su sensualidad desbordante, presumida y priápica»,

como los definiría Zweig— y la *Physiologie du Mariage* —junto con su *Théorie du Lit*—, obras que, en su época, se consideraron tan audaces como las de Sade, Restif de la Bretonne o Pierre Choderlos de Laclos. Tampoco el género «libertino» se entendía entonces vergonzante ni frívolo, pues gentes tan respetables como Montesquieu —autor del poema *Le Temple de Gnide*— lo habían honrado, acompañándolo incluso de moralejas y consejos virtuosos.

Me ha parecido oportuno añadir a este *Concierto para libertinos* los apuntes biográficos que dediqué en mi juventud a algunos personajes que habitaron dos paraísos de la *dolce vita* del Mediterráneo: la isla de Capri, la perla del golfo de Nápoles, y la bellísima Taormina en la costa siciliana. Estos lugares fueron el refugio dorado de artistas y aristócratas, pero también de aventureros y libertinos que dejaron una leyenda divertida, extravagante y, no pocas veces, escandalosa para la burguesía biempensante de su tiempo. Y lo curioso es que se integraban mejor entre la gente del pueblo, que los acogía sin prejuicios, mientras ellos se adaptaban al ambiente cordial y deleitoso de la vida mediterránea. Contribuían a dar brillo, inteligencia, creatividad y colorido a los lugares donde se establecían. Adoptaban a menudo las formas de vida de los pescadores y se dejaban seducir por la cocina sabrosa, saludable y sencilla del Mediterráneo: el pescado fresco, los quesos de cabra y de oveja, las salsas de tomate, el aceite de oliva, el vino, las verduras de la huerta soleada, las frutas dulces (uvas, higos y dátiles) y jugosas (la sandía, el melón, los cítricos y las granadas). ¿Qué mejor aderezo para el limpio placer de vivir que las hierbas perfumadas del monte meridional?

En Capri y Taormina –igual que lo harían en la Costa Brava, en los pueblos blancos de Andalucía, en las islas Baleares, en el Magreb o en Grecia–, nacieron muchas ideas que abrieron las perspectivas y los patios en la arquitectura moderna y en la decoración actual de las casas. Y, en esa hermosa tradición mediterránea de la libertad (el clima que permite vivir al aire «libre» marca el estilo de estos pueblos luminosos, limpios como el limón), se crearon modas que han conquistado el mundo entero: los vestidos de colores claros y frescos, las sandalias y los cestos de paja, los juegos de volantes y abanicos o los mil adornos aéreos y elegantes que se elaboran con los encajes y las artesanías ancestrales del bordado. Y, de esta guisa, aquellos «libertinos» de los paraísos de Capri, Taormina o Corfú abrieron al prestigio turístico muchos lugares que se enriquecieron cultural y económicamente con su presencia. Desde muy antiguo, la libertad y la tolerancia formaron parte de la identidad moral de las culturas mediterráneas, aunque habría hoy que preguntarse si esa vocación de patio, balcón y aire libre se ha perdido desde que las ciudades crecen tanto y de forma tan estúpida que ya no saben dónde está su Plaza Mayor.

En Sicilia escribió D. H. Lawrence su novela más famosa, *El amante de Lady Chatterley*, un clásico en el género de la literatura libertina. Con los años perdió parte de su «prestigio» como obra prohibida, se adaptó incluso para el cine en el 2015, y ya no escandaliza a nadie, pero las escenas y el escenario de la narración mantienen y mantendrán siempre su encanto. Y así he incluido su retrato biográfico en este «concierto», porque el personaje del autor y la aventura de su vida son puro trasunto literario.

El dibujo con una «partitura de los sentidos» que ilustra la cubierta de este libro da buena fe del «juego» de literatura, biografía y deleite que he querido ensamblar y acordar en este ligero y amable *Concierto para libertinos*.

Mauricio Wiesenthal
Europa, 2021

Sonata ampulosa para un libertino

GIACOMO CASANOVA

Entre los títulos más divertidos que he encontrado en las librerías, yo citarí­a el *Manual del aventurero*. Alejandro Dumas ideó uno magistral (*En Bruselas, a sesenta kilómetros del imbécil de Buloz*), que utilizó como encabezamiento de una de sus cartas y que estaba especialmente destinado al editor François Buloz. Este personaje –director de una famosa revista literaria, empresario teatral y promotor de empresas culturales– se había comprado un *château* con el dinero que debía a sus colaboradores.

Creo que ni siquiera a Eugenio d’Ors, creador de *Un servidor y los fósiles*, se le hubiese ocurrido jamás un disparate editorial tan bárbaro como el de suponer que un aventurero debe formarse con un manual.

Tengo la impresión de que algunos burguesitos se aburren tanto que están incluso dispuestos a buscar la aventura en un método, en un prospecto o en un viaje organizado... Me divierto mucho hojeando los catálogos de ciertas agencias especializadas en descubrir aborígenes, cruzar desiertos inhóspitos o desembarcar en ignotas islas donde lo primero que te encuentras es un bufete de apetitosas langostas. Cualquier día

escribiré la *Crónica de mis motines en los cruceros* o *La Visa Oro entre caníbales*.

La verdadera aventura se pierde en este mundo que quiere preverlo todo, prevenirlo todo, curarlo todo. Quizá por eso los aventureros, aunque a veces sean caricaturescos, vuelven a tener buena prensa.

Ninguna época ha superado al siglo XVIII en este tesoro de vidas aventureras y corsarias. El príncipe de Ligne proponía una exigencia intelectual: «Debería estar prohibido escribir sobre moral, carácter, hombres, mujeres, filosofía, legislación, a todos aquellos que no hayan viajado mucho y que no se hayan metido en grandes aventuras». Es un bello lema para un hombre como Casanova, que supo aprovechar todos los recursos que el siglo XVIII proporcionaba a los libertinos que querían encumbrarse en una sociedad aparentemente cerrada. Sus méritos los alcanzó viajando en berlina, en diligencia, en silla de posta, en landó, en trineo y en barco. Lo mismo se vendía como espía que como predicador; igual se ofrecía como cocinero que como tercer participante en un *ménage*.

De todos los personajes ambiguos que dio su siglo, Casanova es el más culto, el más creativo, el más interesante. No solamente es un soberbio escritor, dotado de una fantasía sin límites; sino que se atreve a estudiar lo mismo Medicina, describiendo una operación de cataratas, que Economía, organizando después la colonización de Sierra Morena, e igual conoce la Geometría que cata los vinos o distingue los quesos.

Uno de mis escritores más amados, Ramón del Valle-Inclán, utilizó muchas veces las aventuras de Casanova para tejer la trama de sus *Sonatas*. Y creo que no hay forma mejor de rendir homenaje al aventurero veneciano que dedicarle

una sonata literaria en el estilo galante y ampuloso que tanto agradaba a mi antepasado, el feo y sentimental Marqués de Bradomín.

UN PALACIO EN VENECIA

Mi primer encuentro con Casanova fue, si la memoria no me traiciona, en 1965. Yo vivía entonces en Venecia, en una vieja mansión que se asomaba sobre el canal del Duca: un lugar antiguo y delicioso que alquilé, por unos pocos dólares, a un joven sacerdote acuciado por remordimientos de conciencia y deudas de amor.

El alquiler del palacio incluía el usufructo de su ruinoso mobiliario y los servicios de las personas que lo cuidaban: un mancebo pálido y rubio, con cara de doncel visigodo, y una vieja criada, Maddalena, que había sido niñera del sacerdote. Entre aquellos objetos dispares había algunas obras de arte y varias piezas de ínfimo valor, reliquias de familia, que cedí inmediatamente a su legítimo propietario, junto con el joven lacayo que languidecía de añoranza y aflicción a mi lado. Aunque soy amante del lujo, como un antiguo cardenal, nunca he querido poseer cosas que no supiera disfrutar con aprovechamiento. Ni el celibato ni el placer de los mancebos ni las reliquias beatas fueron jamás cosas gratas a mi gusto. Por eso pensé que era de justicia devolverlas al sacerdote que, aún en la desventura, sabría gozarlas.

Entre los objetos que reservé para mi uso se encontraba un bello volumen manuscrito, en folio, guardado en la biblioteca bajo una deliciosa imagen de la Virgen. Era un libro

escrito en claves y cifras misteriosas que, según una vieja leyenda, revelaba la forma de realizar cualquier deseo. Su autor, Pietro d'Abano, médico, astrólogo y filósofo que vendió su alma al diablo, fue condenado por la Inquisición. Murió durante la vista del proceso, pero su cadáver fue llevado a la hoguera. Yo no sé si el libro estaba realmente escrito por el diablo, aunque sí puedo afirmar que ejercía un raro influjo sobre los gatos y las mujeres, que caían en místico arrobamiento al rozar sus páginas.

La casa tenía un antiguo jardín, entre muros de piedra, donde goteaba una fuente abandonada. En medio de los senderos ondulantes, recortados por macizos de arrayanes, sonreían algunas viejas estatuas que habían vivido los tiempos amables de la galantería y del amor. Muchas estaban ya rotas como la fronda de otoño, olvidadas como los últimos madrigales que florecieron en aquel jardín sagrado. La vieja Maddalena, como todas las celestinas y beatas de la cristiana República, sentía una desconfianza misteriosa hacia la belleza, ya fuera de mujer o de mano de artista. «Arte de Roma, arte pagana; arte de *donna*, arte rufiana», decía con su peculiar acento. Fue, sin embargo, muy comprensiva con mi pecaminosa afición por el arte, y me sirvió con discreción y fidelidad a cambio de algunas limosnas que yo le daba para la iglesia.

—Santa María Gloriosa se lo pagará. *L'anema a Dio, el corpo a la tera, e 'l bus del cul al diavolo per tabachiera* («El alma a Dios, el cuerpo a la tierra y el agujero del culo al diablo, para tabaquera»).

Ella me explicó los rituales secretos del amor en Venecia, que consisten en ciertos regalos que deben hacerse siempre en

las fechas oportunas: el vino dulce en Pascua, la mostaza en Navidades, las castañas por san Martín y, en san Marco, el ramo de rosas. Pero, sobre todo, no hay que regalar ni aceptar aquello que trae mala fortuna: peines, imágenes de santos, misales, tijeras –símbolo de la maledicencia– y agujas. Sobre todo, los peines son *roba da streghe*, cosas de brujas.

Gracias a Maddalena y a sus refranes, que abrían todas las puertas, tuve acceso a algunos documentos secretos que necesitaba para escribir una biografía de Lord Byron, aquel cojo inmortal que tuvo amores desgraciados y apagaba su corazón nadando en las aguas del Lido. Mi casa estaba próxima al palacio Mocenigo, donde había vivido el romántico inglés, y yo tenía la costumbre de sentarme, a la hora del crepúsculo, a orillas del Canal Grande, frente a esa mansión llena de recuerdos. No hay hora tan mágica como la del crepúsculo en Venecia, cuando las góndolas se deslizan sobre ríos de oro, entre el Ponte de Rialto y la Dogana. Hora solemne, quieta y apaciguadora.

En una de esas tardes vagabundas conocí a la condesa Cecilia Roggendorff, una joven granada y rubia que tenía ojos azules como el zafiro y pechos de una blanca mística, como las santas que pintaban los maestros flamencos. Cecilia había nacido en Viena y descendía, por parentesco directo, de aquella mujer misteriosa que fue, según la historia, el último amor de Casanova. ¡Ella misma podía haber sido también el último amor de cualquier don Juan!

Gracias a Cecilia conocí muchos secretos de la biografía del famoso aventurero que pasó los últimos años de su vida como bibliotecario de un castillo en Bohemia, convertido en rancio moralista y educador de niñas. Ni el mismo Fénelon

hubiese guardado más celosamente el virgo de sus discípulas. «Señor –escribía la condesa Roggendorff a su maduro confesor–, si habéis leído en el libro de los destinos que yo he nacido para ser feliz, puedo aseguraros que esta felicidad nació cuando recibí vuestra primera carta». En sus años mozos, el joven Casanova, encendido por una carta así, habría dejado a la bella condesa sin virgo y sin remordimiento; «disarmata di vele e di governo», que dijo el Petrarca en parecido trance. Pero la vejez convierte en flácida resignación los más bravos instintos del hombre, y aquella correspondencia ejemplar se prolongó durante meses, hasta la muerte de Casanova, acaecida el 4 de junio de 1798. El viejo donjuán murió sin reconocer a su último amor, resumiendo en una frase toda su biografía: «Muerdo como cristiano. Pero he vivido como filósofo».

Durante varias semanas, vivimos Cecilia y yo inmersos en los recuerdos del tiempo pasado, con nuestros corazones sumidos en las fuentes sagradas de una correspondencia de amor. Paseamos juntos por los lugares venecianos que había frecuentado Casanova y pasamos deliciosas horas en la biblioteca de aquel palacio donde dormían los libros como viduas silenciosas, solitarias y enamoradas.

Un día, Cecilia, tomándome de la mano, me dijo misteriosamente:

–Hay un secreto que aún no conoces. Ya es hora de que te lo enseñe.

Sus ojos, llenos de vaguedad y extravío, me asustaron. Había en ellos una luz extraña, mortecina y antigua como la lámpara de alabastro que se enciende en los altares.

–Sígueme –murmuró, levantándose con coquetería.